



T3C06

LA ARQUITECTURA AL COMENZAR EL MILENIO. APUNTES PARA UN REFLEXIÓN CRÍTICA.

Arq. Ramón Gutiérrez
ramongut@interserver.com.ar

1. De la modernidad excluyente a la posmodernidad

Las dos últimas décadas del siglo XX se caracterizaron por la atmósfera del desconcierto. El derrumbe de la estructura modelística del llamado “Movimiento Moderno”, generada por su contumaz actitud ahistórica y la rigidez dogmática de sus planteos, fue reemplazada por una “Posmodernidad”, lúcida para la crítica pero banalizada en su pragmatismo, la carencia de principios fundantes y en la actitud inconducente de “un vale todo” que no logró consolidar los espacios de un pensamiento creativo en el plano de la arquitectura.

Los tiempos heroicos de aquella “modernidad” excluyente, de una “racionalidad” irracionalmente aplicada y de un “funcionalismo” que devino en agónicos formalismos, había despojado de certezas a quienes compartían el discurso pero no los resultados. Como decía un intelectual español del siglo XIX: *“el liberalismo levantaba tronos a los principios y cadalsos a las consecuencias”*. El propio discurso del compromiso social se había diluido en una arquitectura donde la especulación inmobiliaria o la falta

de creatividad de los conjuntos de vivienda de las políticas oficiales demostraban su incapacidad de atender las carencias sobre cuyo diagnóstico había ideas claras pero sobre cuyas soluciones se había errado el camino.

Si la caída de estas referencias “ciertas” de la arquitectura moderna podrían haber significado una revisión crítica de aquellas evidentes falencias, el camino fue lamentablemente otro. El posmodernismo heredó de su antecedente modernista el doble discurso, vació de contenidos referenciales la arquitectura dejándola en manos del capricho del “arquitecto artista” y apostó a las efímeras coyunturas de unos sistemas mediáticos en los que la cultura arquitectónica se sumergió con bríos.

2. La ilusión egocentrista

Algún crítico europeo nos prometía en los noventa una “década rosa” donde los arquitectos ocuparían el escenario del diseño, de la moda fashion y donde sus nombres significarían símbolos no solamente de esta posmodernidad fragante sino también marcas comunicacionales en el inclusivo y exclusivo campo de



la globalidad occidental. El imaginario del reloj o la cafetera de Aldo Rossi, del auto que usaba Ricardo Bofill, de la tarjeta de crédito de Rafael Viñoly entre otras propagandas parecía subrayar esta tendencia que ocultaba entre nosotros la incapacidad de nuestra profesión por aportar soluciones a los problemas de vivienda, tema que dejó de interesar al segmento profesional dedicado a ponderar los logros mediáticos de esta dulce decadencia. Lógicamente que ello sucedía en Buenos Aires luego de experiencias como las de “Fuerte Apache”, Lugano y otros conjuntos que en las décadas anteriores los arquitectos habíamos premiado o alabado y que hoy muchos reclaman por su desaparición por las perturbaciones sociales que generaron.

Con la globalidad como excusa, el siempre latente individualismo narcicista de los arquitectos tendió a aflorar buscando estas manifestaciones esplendorosas de alguna obra que por su carácter innovador en lo formal, lo tecnológico o simplemente por lo exótico significara un ícono reconocible y apropiable por un imaginario mediático que colocara al autor en el pedestal de un consenso profesional que se encerraba cada vez más de sus relaciones con la sociedad. Desde un idioma críptico para “iniciados” hasta el dibujo de perspectivas caballerías indescifrables para la gente común,

computadoras mediante la arquitectura se fue convirtiendo en un campo distante y ajeno. En Argentina esta distancia jugaba también un papel de falsa vitalidad el hecho de contar con páginas de arquitectura semanales en los periódicos, algo que ninguna otra profesión podrá exhibir, lo que creaba la falsa euforia de una disciplina exitosa, algo absolutamente indemostrable en sus resultados y en sus responsabilidades. Contribuía a ello un acentuado nominalismo donde grupos, tendencias, escuelas o simplemente individuos pugnaban por ese espacio breve y fugaz de una gloria sustentada en una obra que en muchos caos fue tan efímera (por mal construida) como la vigencia de su noticia.

3. La banalidad de nuestra “cultura arquitectónica”

En muchos casos los medios de comunicación de la profesión, revistas de arquitectura, páginas especializadas de los periódicos y los eventos conexos (Bienales), fueron utilizados para refrendar estas supuestas valoraciones de una sociedad que padecía los resultados de las propuestas mientras permanecía ausente de la formulación de los programas y necesidades que la arquitectura debía atender.

En América Latina la década de los setenta instaló al amparo de las



dictaduras militares o de gobiernos autocráticos a una serie de estudios de arquitectura favorecidos con la obra pública que acompañaron la demarcación de lo que se dio en llamar “los lápices de oro” que definiría una de las tendencias grupales que, en las décadas siguientes, articuladas con los inversores inmobiliarios plantearían los grandes negocios urbanos. Este sector entendió en general la conveniencia de abandonar la búsqueda de la obra singular para entrar en el más rentable campo de la producción masiva de torres u otras obras de similar envergadura.

Esto trajo aparejado, de la mano de los inversionistas, la concentración del trabajo profesional en escasos estudios, desalentando el ejercicio profesional de la multitud de egresados de las universidades públicas y privadas que proliferaron en Argentina aunque con menor suceso que en Chile, Colombia, Perú o el Brasil, donde las escuelas privadas de arquitectura configuraron una parte interesante de los nuevos negocios fomentados por el vaciamiento educativo del Estado.

4. El repliegue de la responsabilidad del Estado en la tutela del bien común

Si la ausencia de una presencia municipal protagónica había determinado en la segunda mitad del siglo XX un impacto altamente

negativo de la especulación inmobiliaria en la construcción de la ciudad, las dos últimas décadas del siglo -a despecho de una creciente demanda de la ciudadanía- encontró los mecanismos para vulnerar su propias normas y mediante excepciones explícitas o implícitas atender privilegiadamente a esta fase de los negocios urbanos. Que el edificio más alto de la Argentina (las Torres del Faro en Puerto Madero) sea declarado de “bajo impacto ambiental” eludiendo así la realización de una audiencia pública donde los vecinos y ciudadanos puedan manifestarse, es una de las tantas muestras que acompañan otras decisiones legislativas como las que entre gallos y medianoches elevaron las alturas para posibilitar un mayor negocio al Hotel Hyatt .

En este sentido la crítica de arquitectura del siglo XXI debe asumir algunos de los cambios que plantea la renovada visión urbana de un planeamiento participativo que no deja a los ciudadanos como meros espectadores de su destino sino que les facilita la oportunidad de atender a aquellas circunstancias que permiten priorizar el bien común. Manifestaciones como las asumidas en los municipios de Porto Alegre con el presupuesto comunal, en Curitiba con sus políticas ambientales y de transporte, en Bogotá con una obra pública transformadora, en Montevideo con la regulación de preservación patrimonial, muestran las



posibilidades de encarar alternativas que induzcan a construir ciudades con mayor calidad de vida.

5. La necesidad de hablar claro

Si la objetividad posible en el historiador radica en la explicitación de la escala de valores desde la cual realiza la lectura del acontecimiento, lo propio debe hacerse para el análisis y el juicio crítico de la obra de arquitectura. En esta circunstancia mis parámetros se basan en la consideración de la arquitectura como prioritaria respuesta a necesidades sociales y culturales de la comunidad.

Frente a la visión individualista de una posmodernidad cuyos valores se nutren en el éxito mediático o en la arquitectura del espectáculo, el centrar una respuesta ubicada en el contexto urbano ambiental atendiendo prioritariamente al bien común parece ser un camino más seguro. En este sentido la formación de equipos de reflexión que sean capaces de poner en evidencia as falacias que llevan a publicitar como buenas obras de arquitectura edificios que constituyen una ruptura del paisaje o de las condiciones ambientales o la desvirtuación del patrimonio cultural o de la escala de los barrios nos ubican en la línea de acción de movimientos europeos que llevaron en su momento a refutar las “verdades” acrílicas del movimiento moderno.

Hoy debemos hablar claro y decir que un conjunto de obras de profesionales valorados y consagrados por el sistema de la “cultura arquitectónica” como el edificio de Teodoro González de León llamado popularmente como “el pantalón” destruye totalmente la escala de vida de un barrio mexicano, que la Catedral de Managua, una especie de mezquita que Ricardo Legorreta erigió en la pauperizada Nicaragua es una afrenta social y cultural, que lo propio puede decirse del Banco de Crédito del Grupo Arquitectónica de Miami y del Interbank de Hans Hollein en Lima donde su despliegue de millonarios excesos formales y materiales contrastan con las realidades locales, que la legislación urbana que los chilenos han aplicado en Las Condes y Providencia destruyó por especulación fragmentos de una escala urbana de calidad en la ciudad de Santiago, que la recuperación patrimonial de Puerto Madero de Buenos Aires encubrió finalmente un gran negocio especulativo de una Corporación que ha vendido y privatizado decenas de hectáreas de tierra pública para buenos negocios privados, que el Palacio Legislativo de Valparaíso o la Catedral de Río de Janeiro son adefesios urbanos, que el Memorial de América Latina de Oscar Niemeyer en San Pablo es un culto formalista a una nostalgia autobiográfica y que la Ciudad de las Artes de México, donde participaron los “gold pencils” mexicanos no tiene



como llegarle a los pies a la Ciudad Universitaria de México hecha casi medio siglo antes. Esta lista podría seguir y ayudarnos a cuestionar lo que aplaude habitualmente nuestra “cultura arquitectónica” desde las páginas satinadas de sus medios de expresión.

Entre los arquitectos la crítica suele tomarse como una forma de agravio personal y en general es mucho más cómodo mantenerse en una neutralidad equidistante donde todas las obras son buenas y algunas mejores, pero con la tranquilidad que no hay obras malas y mucho menos entre las de los arquitectos que están arriba del escenario en la pasarela modélica de la cultura arquitectónica. Personalmente he debido enfrentar situaciones complejas por esta susceptible manera de concebir la arquitectura como una obra de arte indivisible de la persona del arquitecto-artista. Hablar mal de la obra es como hablar mal de la persona. Conozco personas lamentables que hacen buena arquitectura y otras magníficas cuya arquitectura es intrascendente. Lo propio sucede con las ideologías, no se requiere ser de derechas o de izquierda para ser un buen arquitecto, ni el pertenecer a alguna de aquellas categorías asegura hacer buena arquitectura. Esto parecería que no es políticamente correcto manifestarlo, pero prefiero dejarlo claro porque la profesión está enferma de dobles discursos de

quienes dicen estar comprometidos con algo y hacen todo lo contrario.

Los ejemplos arquitectónicos antes mencionados –a los cuales me he referido extensamente en otros textos- nos señalan la necesidad de abandonar la actitud complaciente, cuestionar con fundamentos los objetivos prioritarios y los valores con los cuales se está moviendo la profesión en nuestro país y en nuestro continente. Esto hay que decirlo en un contexto en el cual debemos ser conscientes que todo el aparato mediático del sistema arquitectónico se vuelca a mostrarnos estupendas fotografías tomadas a las seis de la mañana del día de la inauguración del edificio. Allí, con un escaneado mediante, se puede eliminar cualquier intrusión de personas en las fotografías (es sabido que la gente molesta a la buena arquitectura) y que la crítica periodística parte generalmente de que “todas las arquitecturas son buenas”, aunque las mejores son las que pueden pagar avisaje publicitario. La crítica debería justamente ir por el otro lado, revisar que pasó con esos edificios varios años después, como se apoderaron los usuarios y la población en general de ellos, como funcionaron para responder a las necesidades de su programa original, como resultó la calidad de la construcción y como se verifica la eficacia del diseño. En la obra pública verificar el costo real de las viviendas “de interés social” lo que permitirá constatar con asombro



que ellas son de alta inversión debido a las maniobras de las empresas y a la poca eficacia de la burocracia. Esto, claro está cuando hablamos de viviendas terminadas y no de las ya lamentablemente habituales “soluciones habitacionales” que encubre el eufemismo de entregar cualquier cosa (materiales, o suelo urbanizado o simplemente un pavimento). Este ejercicio permitirá justamente mostrar la distancia entre la valoración del sistema de nuestra cultura arquitectónica con la opinión de las comunidades y explicará la pérdida de valor que la arquitectura ha tenido en sociedades que cada vez requieren menos de este profesional y que cada vez tienen fatalmente que resolver sus problemas por una autoconstrucción que carece habitualmente de la imprescindible asistencia técnica.

6. Los tiempos de la crítica y la demanda del momento

En la década del sesenta se acusó a la formación arquitectónica por estar permeada por un cierto sociologismo, eran tiempos en que las enfermedades de los arquitectos se trasladaron de la espalda a la garganta. Medio siglo después estamos, sin embargo, tratando de recomponer un tejido de compromiso social que ha desaparecido casi totalmente (más allá del discurso vulgar de alguna autoridad docente que dice preocuparse por la

erradicación o la consolidación de las villas de emergencia mientras construye torres de tres mil dólares el metro cuadrado). Parecería hoy, sin embargo, que los nuevos tiempos son propicios para encarar planes más ambiciosos de vivienda desde el estado al considerarse a la obra pública como un motor de la generación de empleo y a una atención un poco más prioritaria a las demandas sociales.

Sin embargo, en este plano social cuan poco preparados están los arquitectos egresados de nuestras universidades para encarar este desafío que fundamentaría toda una forma de compromiso de la profesión con la sociedad latinoamericana. A la vez, cuan lejos están los objetivos de figuración profesional de las expectativas de esta tarea que requeriría que el arquitecto respetase otras pautas culturales y cuyo diseño estuviese al servicio de unos modos de vida, unas formas distintas de apropiación del espacio y hasta de gustos estéticos diametralmente opuestos a los modelos en vigencia.

En el plano cultural hasta hace unos años el tema del patrimonio era despreciado por un sector extenso de los profesionales de la arquitectura formados en una visión ahistórica o convencidos que eran simplemente artistas que podían hacer su obra sin compromisos con el medio urbano y la sociedad. Pero la arquitectura tiene una articulación



ineludible en un programa que define el carácter de la obra y las respuestas que debe dar al comitente que hace inviable esta supuesta autonomía formal de la creación. Por el contrario cuanto mejor estén resueltas las demandas, mayor calidad tendrá el esfuerzo creativo. La crisis de la modernidad abstracta y universal del Movimiento Moderno no surgió justamente de su carácter de contemporaneidad, sino de su incapacidad para resolver su adecuación al lugar y a sus circunstancias históricas y sociales.

No han bastado las experiencias coyunturales de los avances tecnológicos desde los edificios “inteligentes” a los cubos espejados, para mostrarnos que esa arquitectura de “cualquier lugar” en nuestros medios padece de los problemas de mantenimiento, hermeticidad y costosos sistemas de reparaciones que señalan su fatal implantación en el lugar no adecuado. Los propios acontecimientos de los atentados terroristas de Nueva York o el reciente incendio del Windsor de Madrid desnudaron la imposibilidad de combatir el fuego desde fuera del edificio a más de 50 metros de altura y desde adentro subiendo más de 33 pisos. ¿Hemos pensado en los efectos de Cromagnon cuando hacemos en Buenos Aires las torres que estamos erigiendo?, ¿los departamentos superiores, además de los irrigadores internos, se venderán con paracaídas para los

habitantes de ellos? ¿No sería más lógico perder algo del negocio y asegurar la vida de los clientes?. ¿En la utilización de materiales de altísimo costo como el titanio, aplicado ornamentalmente en obras como símbolo de modernidad (Banco de Hollein en Lima), no sería más razonable destinar su costo y su gasto de mantenimiento a mejorar las calidades del espacio público cercano? Estamos ante opciones que una justa crítica nos señala que no pueden hacerse desde el objeto arquitectónico en sí, más allá de sus presuntos y todavía no demostrados méritos, sino desde la relación de ese objeto con su contexto cultural, social y ambiental.

Más allá de estas obras de torres que llenan los avisos comerciales de los periódicos ponderando las calidades de ese entorno que con la propia obra contribuirán a destruir, buena parte de los emprendimientos arquitectónicos en América Latina y en Argentina tienen que ver con intervenciones sobre edificios de valor patrimonial. Restauración, rehabilitación y reciclaje son operaciones profesionales habituales que han llevado a comprender la necesidad de rescatar el patrimonio construido como parte de la vigencia de una memoria urbana. Estas son obras que valoran el espíritu del lugar, pero también expresan el espíritu del tiempo y deben ponderarse en términos de una contribución a la cultura que deja la



huella de nuestras generaciones sin arrasar con la herencia recibida.

7. Hacia una crítica capaz de ponderar actitudes y resultados

Particularmente la Argentina requiere una actitud franca que termine con el ya mencionado doble discurso de muchos profesionales que atendiendo a su propia conveniencia sacrifican a ella otros valores que son inmanentes a la responsabilidad que nos cabe como arquitectos y ciudadanos. No se trata de una omisión pasiva, sino de una actitud destructiva de los valores urbanos, paisajísticos ambientales que se justifican con supuestos valores plásticos y estéticos de difícil demostración. Muchas veces las obras ya o se explican sino que se justifican poniendo e evidencia a conciencia culposa con la que se actúa. En otras oportunidades se trata de la apropiación privada de las inversiones públicas o de los espacios comunes, articulando esos intereses con el abandono que sectores del estado realizan de su responsabilidades en la defensa del bien común.

Pero ello no es, por suerte, la única forma de manifestación de la arquitectura contemporánea en estos tiempos de desconcierto y globalidad. Ejemplos de apropiación de antiguas estructuras fabriles y ferroviarias como las que van albergando a las Universidades de Quilmes y Lanús señalan la

potencialidad del reciclaje de grandes contenedores con una sensibilidad que contrasta claramente con la “avaricia del espacio”, al decir de Eduardo Sacriste, con que se han manejado intervenciones controvertidas por su dudoso origen y opacos resultados como las de los pabellones de la Sociedad Rural. Podemos saludar como positivo el reciclaje de antiguos silos, mientras lamentamos la destrucción de los de Bunge y Born en Puerto Madero que fueron ponderados en su época por Gropius y Le Corbusier. Debemos alegrarnos que se reconozca una expresión de una arquitectura antes denostada como la del Centro Cívico de Bariloche pero a la vez reiterar nuestros temores ante la presión de quienes pretenden “enmarcar” el Lago Nahuel Huapí con un nuevo Centro Cultural-Comercial que oblitera el paisaje y fragmenta las visiones del Centro Cívico “completándolo” con remedos de las pirámides de Pei o el arco de la Défense. El ejercicio de la tontería mimética, de la “cita” nostálgica, ya llega a nosotros con los que nos amenazan con nuevas torres supuestamente inspiradas en el Kavanagh que viene a servir de excusa, a los autoexcusados.

En lo referente a la gestión de la ciudad, la recuperación de los espacios públicos parece un tema central que debe encararse con campañas de educación ciudadana. Hay ciudades como Caracas que por



la misma condición del clima tropical y los hábitos de sus habitantes presenta síntomas de suciedad en sus calles, sin embargo una inteligente campaña de concientización para el tren subterráneo (metro) hace de que no exista allí un papel caído demostrando la posibilidad de superar el problema con un manejo adecuado. Esta concientización cívica es imprescindible entre nosotros donde en los conjuntos residenciales los espacios que son comunes, y por lo tanto de todos, pasan a ser de nadie y todos tiramos allí la basura y descuidamos su mantenimiento. El espacio común es visto como un sitio residual al que no atendemos adecuadamente. Estas tendencias se han exacerbado con el individualismo competitivo de la última década del siglo XX y con las crisis que nos ha llevado al “sálvese quien pueda” antes que esforzarnos en superar solidariamente los problemas.

Por supuesto que la pérdida de esa conciencia de bien común acompañó la entrega de los bienes del estado y el regalo del espacio público a intereses particulares (concesiones en Palermo y sobre la Costanera Norte, Parque Temático Tierra Santa en Buenos Aires, etc). Sin embargo debemos ponderar como positivas las campañas de patrocinio para el mantenimiento de plazas y parques

aunque nuevamente el vandalismo que afecta a esculturas, fuentes y espacios verdes demuestra la existencia de una sociedad no consolidada en una convivencia cívica madura. La importancia de la gestión municipal positiva es esencial e la generación de un legítimo orgullo por la transformación de la ciudad y moviliza el estado de ánimo de la ciudadanía de una manera multiplicadora. Es lo que se percibió en la transformación del centro histórico de Lima o en Quito, pero es también lo que se puede vivir hoy en Rosario y en Montevideo o en el pasado inmediato en Curitiba.

Necesitamos cada vez más una ciudadanía comprometida e instituciones consolidadas que actúen y cumplan su papel para reorganizar una sociedad donde el abuso del poder, la displicencia en el ejercicio de las responsabilidades y la corrupción han debilitado los fundamentos y articulaciones de las entidades intermedias entre el hombre y el estado. La arquitectura podrá en esas condiciones dejar de ser un mero capricho o un dispendioso gesto de un artista, para privilegiar su vocación ineludible en el campo social y cultural. Miremos el horizonte del siglo XXI a partir de nuestras falencias y busquemos dar las respuestas para las que nuestra profesión nos ha capacitado.